

sin dejar más impresión que el perfume de una flor. Una flor que viéramos pasar á nuestro lado, dormida sobre el seno de una mujer hermosa.

En la vida privada Anatole France es el mismo personaje de sus libros. Escribe como habla. Oyéndole sin mirarle no se sabe si es que lee ó si recita. No declama. Huye del énfasis. Sugiere...

* * *

Con Juan Pablo Echagüe, secretario del Conservatorio Labardén, que es la valerosa institución argentina que costea el viaje de France á Buenos Aires, hemos pasado muchas horas amables en la intimidad paterna del Encantador. Escuchándole hablar nos hemos olvidado de la vida. En su casa-museo se nos recibía como á viejos amigos. Nosotros hemos ido á menudo sólo para escucharlo. Habla de todo. Habla con esa modestia que suele destilar el orgullo sincero de los sabios que no desean que se les admire por su ciencia. Habla de todo. Pero en el fondo no habla nada más que de sí mismo. Lo notaréis cuando el maestro os hable allá. Veréis que si sus conferencias versan sobre Rabelais, será con el único objeto de narraros, pero deliciosamente, su biografía espiritual. Y para que no dudéis de mi creencia, sabed que Anatole France fué quien inventó esta célebre teoría: «El crítico, para ser bueno y profundo, debe contarnos las aventuras de su alma en medio de las obras maestras.» ¿Un ejemplo?

«A propósito del *Hamlet*, de Shakespeare, mi Silvestre Bonnard», etc., etc., dirá.

* * *

Anatole France, cuyo verdadero nombre es Anatole François Thibault, se ha formado sobre nuestra América un criterio legítimo y honrado. Sabe lo que somos. Adivina lo que seremos... Cuando yo le leí la carta de su secretario Jean Jacques Brousson, publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, tuvo en su apacible rostro de abuelo una sincera indignación que no esperaba. Fué una indignación que terminó en un estremecimiento de amargura. La carta de Brousson decía á los jóvenes de Rodríguez Larreta — sus exalumnos — que si Anatole France iba á Buenos Aires era «porque los argentinos tenían los bolsillos llenos de argumentos irresistibles...» ¡Ironía vulgar, indigna del maestro! Es conveniente que sepáis que France se ha indignado al conocer la tonta afirmación de su discípulo.

—Son cosas de ese niño de Brousson—me ha dicho—. El pobrecito es algo corto de vista... Es necesario perdonarlo...

Tal es su religión. Después de la ironía sólo piensa en perdones. Mas la impertinencia de este joven Brousson, cuyo único talento consiste en ser amanuense de France, lo incomodó bastante. Sufría. Por eso Echagüe—con pena para mi crueldad—mudó el giro de la conversación preguntándole algo sobre Rabelais. Oído:

—Daré cuatro conferencias sobre el autor de *Gargantúa*. La otra, no sé aún. Empezaré con Rabelais juzgado como cirujano, y concluiré con Rabelais estudiado como sacerdote. En mis conferencias modificaré ciertas creencias erróneas que circulan desde hace siglos sobre el famoso cura de Meudón. Rabelais era, ante todo, humanista. Profesaba el culto de la antigüedad. Idolatraba la vida, pero la buena vida instintiva. La vida natural. Para Rabelais, el mal y el bien estaban únicamen-

te en las limitaciones de la Naturaleza. No fué, como se ha dicho, un temeroso. Fué valiente hasta tocar en los dinteles de la hoguera... Como á mis conferencias asistirán damas y niñas, trataré de no herirlas con descripciones demasiado libres. Me han dicho que las mujeres son allá muy instruidas. Muy morales. He conocido algunas en París. Me sedujeron...

France no ignora que su éxito como conferencista no será grande. Pero tal cosa no le preocupa. Es lógico. Siendo el escritor más original y más subjetivo de la Francia contemporánea, las páginas que lea á los auditorios argentinos serán gustadas con profundo deleite. Si es delicioso leer un capítulo de sus libros suaves y elegantes, que dejan en el alma un perfume de rosas, mucho más bello será oírle recitar con su voz musical y sus tenues malicias ese mismo capítulo.

En Anatole France no encontraréis al erudito sólido, pesado, pegajoso de citas. No os fatigará. Nada de eso. Es parisién... Su misma filosofía es superficial. O más bien dicho, no tiene filosofía ninguna. Es erudito. Pero su erudición no es la horrible caravana de fechas. Es un erudito de bellezas. El ha recogido de los libros sólo aquello en donde vió algo ameno. A todo lo demás, no le ha dado importancia. ¿Debo repetiros que France es parisién?

* * *

Si queréis conocer antes que él llegue las aventuras del alma de este Anatolio de la Biblia francesa, leed de nuevo sus libros. En cada unade sus obras observaréis que el hombre, escondido en la clámide del arte, ha dejado caer secretos de su co-

razón. Debe haber sufrido mucho. Las arrugas de su cara de término y las fatigas de sus ojos delatan un profundo dolor que duerme amortiguado. Cuando construyó su Jardín de Epicuro, su alma estaba enferma de melancolía. Pero una madrugada el espíritu de la verdad, que crece hasta en la indiferencia cruel de los estoicos, obligóle á dejar sin riego las flores del jardín. El asunto de Zola lo sedujo. Enemigo, al principio, del creador de *Naná*, lo atacó con crueldad de bardo helénico. Se arrepintió más tarde de su odio y de sus antiguas burlas contra el héroe. Creyó en él. Y dando á los hombres un ejemplo de honradez, gritó bien fuerte su arrepentimiento: «Zola era bueno—dijo—. Tenía espíritu de bondad. Era profundamente moralista, y al pintar los vicios, lo hacía con pincel de virtuoso...» Así lo demás. Muchas veces Anatole France se ha arrepentido. Ha creído hoy en cosas que había negado ayer. Pero honestamente, nunca ha ocultado su turbación. Ha dicho su arrepentimiento en frases impregnadas de honradez. Y no se crea que esto haya sido en él una debilidad de hombre extraviado. No. Es que Anatole France es el escritor que mejor encarna el alma de los pueblos modernos. Una neurastenia sentimental muerde los corazones. Hoy creemos en Dios y mañana dudamos. Hoy la idea de una ciudad libre nos seduce y mañana la creemos un peligro. Todas las religiones nos atraen. Pero la atracción sólo dura el curso de una luna. Y vagamos en la desesperación. Flotamos en el vacío. Volamos en la Nada. Naufragamos en nosotros mismos... Únicamente la fe nos alienta. Únicamente la ironía, que es una vieja forma de la sabiduría resignada, es la única virtud que nos salva.

El mérito más grande de Anatole France es que

interpreta con pasiones de apóstol, y á través de su carne, esta hora trágica de la humanidad...

*
* *

Detalles: Anatole France está divorciado de su esposa. Posee una sola hija. No vive con ella. Tampoco vive solo. Una sombra angélica, muy hermosa, muy divina y muy parisién, que lo acompaña siempre, ilumina sus filosofías con claridad de sol.

Paris, Abril 10 de 1909.

Jean Richepin, Laurent Tailhade,

Octavio Mirbeau y Paúl Verlaine

He aquí un cuaderno de apuntes. Está lleno de manchas. Tiene muchos borrones. Y muchas gotas verdes... ¿Serán de Santos Vega ó de Verlaine? Mate ó ajenjo... No es un «libro de viaje», de esos que rige Cook... Al verlo se adivina que el rastacuerismo no violó la blancura de su ingenuidad. Es un pobre libro de artista. No ofrece nada de vulgar.

—*Es mío*—diría D'Annunzio.

Pero no... ¿Queréis leer unas páginas? Sus hojas, escritas en Europa mientras cruzaba campos, bulevares y océanos, tienen la desorganización de todo lo espontáneo. Nadie podrá encontrar en ellas reflexiones completas... Sus ideas, como la cola de los pavos reales, terminan siempre en puntos suspensivos... Están escritas para los que investigan y para los que piensan: no para los que necesitan comer verdades hechas... Esta libreta ha sido amable compañera de viaje. En todas partes hallábase dispuesta á guardar sensaciones periodísticas. Sirvió siempre para recoger en su blancura de mármol sepulcral jeroglíficos que muy pocos pueden traducir... En ella se ha grabado la impresión pro-

ducida por hombres, por bestias, por cosas, por mujeres, por perros y por gatos... En ella encontraréis, sin duda, mucha contradicción, muy escasa moral y ninguna paciencia. En cambio, veréis ingenuidad. Vuestros ojos se indignarán ante obscuras cosas incoherentes. Tropezaréis con la sapiencia de los viajeros que, como yo, son ignorantes por hastío, por aburrimiento, por desprecio y hasta por un loco capricho de los nervios. Debéis saber que en estas páginas lo que sobra, lo que abunda, es un poco de silencio y un poco ¿ó mucho? de maldad... Se han dejado caer en tales folios pensamientos desnudos. No sintáis rubor... El desnudo solamente es inmoral cuando se oculta. (Hacedle un traje á la Venus de Milo. Ponedle pantalones á los pícaros ángeles de mármol que en Pompeya riegan los jardinet con su...) El desnudo es sagrado. (¿No habéis visto niños en la cuna? ¿Y cadáveres en el anfiteatro?)

* * *

Son páginas quebradas. Escritas sin lógica. Páginas de mosaico en donde encontraréis trozos de palabras, astillas de frases y pensamientos rotos... En las páginas que os doy á conocer encontraréis anotaciones destinadas á servir de médula á varios reportajes. Seguramente no se escribirán. Pero este esquema, este esqueleto os mostrará los entretelones donde los repórters modernos luchan y trabajan... Los periodistas de antaño se reirán de esta manera de interviewar á los cerebros y á las almas geniales. Y harán bien. Ellos perdieron la noción de la juventud. En su tiempo no conocían la rapidez del automóvil ni el entusiasmo por el arte de interpretar pensamientos ajenos en una forma nue-

va... Antes, el público exigía que los reportajes contuvieran las palabras auténticas, legítimas y verdaderas, con que los hombres ilustres contestaban á los interviewadores. Hoy sucede algo mejor. Y algo más difícil. Hemos progresado. O hemos retrocedido. Es igual... Lo cierto es que ahora el público, que aunque siempre sigue siendo público, es algo más imbécil que el de antaño, exige que en los reportajes se repitan algo menos las palabras auténticas y que se diga lo que los hombres piensan cuando sus labios callan... «Para ser buen repórter—decíame Catulle Mendés—no es necesario poseer buena memoria...» Y es verdad. Para ser un repórter hábil y brillante, y atrayente, es necesario ser un buen psicólogo. Nada más. Las frases ocultan la verdad. Hablar es enmascararse. Un gesto, un visaje, un ademán, un beso, un puntapié, un abrazo, dicen muchas veces más que tres horas de conversación premeditada... En París, donde cada diario es una cátedra de ligereza y una escuela de aerostación, los periodistas aprenden de todo. Menos taquigrafía... Aprenden con amor á interpretar la ciencia volátil de los gestos, la magia de los ojos y el enigma de los silencios alevosos. Ya el director de *Le Petit Parisien* tuvo la ocurrencia de preguntarle cierto día á un repórter:

—¿Cumplió usted mis órdenes? ¿Hizo usted el reportaje á M. Clemenceau?

—Sí señor. Estuve hablando con él quince minutos.

—¿Qué le dijo?

—No sé. No puse atención. Pero mientras me hablaba, rompió un tintero. Se llevó por delante una puerta. Saludó friamente al general Picquart. Puedo asegurar á usted, señor director, que el asunto de los armamentos se resolverá mañana,

según la opinión de M. Fallieres. Y Picquart renunciará... M. Clemenceau está disgustado con la actitud del presidente...

—¿Pero M. Clemenceau le ha dicho eso?

—No señor. Pero no era necesario. Un poco de análisis psicológico bastóme para conocer la verdad... Se lo aseguro á usted.

* * *

He aquí, pues, algunas páginas del cuaderno de apuntes. Están escritas en distintas fechas. En diferentes sitios. Pero todas en París. Algunas sobre la mesa de un café. Algunas de madrugada. Otras sobre las faldas. Aquí. Allá. Acullá... Por ello, os digo, no extrañéis si son páginas con algo de histerismo, y demasiado pálidas, y un poquito ojerasas... Han sido escritas bajo todas las luces, menos bajo la luz solar. En París el sol es un astro invisible para los extranjeros. (En París el sol arde de día. Y la mujer de noche...)

He aquí, pues, lo que dicen esas notas de viaje.

Hora: dos de la madrugada. Está lloviendo. El café atestado. Los sombreros que usan las parisien-ses parecen jardines en verano perpetuo. Entran y salen... ¿Adónde van? Lo sabré luego... Hoy he estado en casa de Jean Richepin, el bárbaro poeta turanio. Sus versos son terribles explosiones de dinamita fecal. Es un bárbaro, repito. Ha sido pruebista. Fué también marinero. Ha comido sesos de niño. Por placer íntimo se agregó á una caravana de ladrones. Canta mejor que nadie la melancolía de los vagabundos... Es un bárbaro... Ha sido gimnasta. Y cómico... Hoy estuve á visitarle. Una mujer joven salió á recibirme. Su cabellera tenía apariencia de oro. Los rubitos áureos huían por

los bordes de la cofia. Con mala sonrisa me preguntó:

—¿A quién busca usted?

—A...

—No está.

—Pero es que yo busco á...

—No está, señor...

—Pero es que...

—¡Le digo que no está!

Y la honesta doncella, muy Juana de Arco, en mis propias narices me cerró la puerta. Quedé pensativo. ¿Qué hacer? Irme... De pronto, sobre mi cabeza, se abrió una ventana. Un hombre se asomó. Parecía un Otelo cetrino. Estaba furioso. Mostraba los dientes por entre una diabólica barba de chivo. Me gritó:

—¡Eh, muchacho!... ¿Qué buscas?

—Señor, vengo de América. ¿Usted es Jean Richepin? Quiero conversar con usted.

—¿Vienes á conversar? ¿Nada más? ¿Estás seguro? Bueno. Sube...

Y, naturalmente, subí. Me dió un abrazo. Se reía á carcajadas. Sus carcajadas retumbaban como cañonazos. (Insisto: es un bárbaro.) Todo en él es bárbaro: hasta su corazón, hasta su talento... Richepin me había confundido con un acreedor. Y la muchacha también. (Nota: la muchacha es sirvienta, secretaria, mucama, etc... Este *etcétera* no hay que analizarlo.) Richepin es un hombre encantador. Toda su apariencia de tigre desaparece bajo sus carcajadas de muchacho travieso. Más que la literatura de Richepin, lo que me deleita en este magnífico emperador de la poesía diabólica, es el traje que usa continuamente. Con su revuelta melena, su hopalanda, su barba, sus ojos, sus dientes y su voz, parece un tigre vestido de

hombre... En sus labios, las palabras más dulces, los términos más suaves, suenan como blasfemias., ¡Pero qué arte exquisito, precioso, musical, para tejer con blasfemias himnos y letanías á Cristo!... Su talento original lo lleva á las nubes del olvido humano... Me recitó un trozo del *Paraiso del ateo*... Sentí deseos de tirarle á la cabeza un busto de Satanás que había en la mesa. Pero le di un abrazo muy sincero... (*La etcétera* ha entrado varias veces á la habitación. Me ha mirado con miedo...) La habitación donde el poeta trabaja es pequeña. Pocos espejos. Muebles raros. Un perro silencioso. Richepin me ha dicho:

—¿Sabes cómo se llama ese hermoso animal?... Se llama *Baudelaire*... (Y al perro): *Baudelaire*: dile tu nombre al señor...

—¡Guau, guau, guau!

El «hermoso animal» estaba lleno de sarna...

* * *

¿Vamos?... El café prosigue llenándose. Un... ¡Piernas!

Al fin he conocido en Francia un anarquista de talento: Laurent Tailhade. Cuando se nombra á Tailhade, todos recuerdan á Rabelais. Es, como Richepin, otro bárbaro. Tal vez Tailhade sea más artista que Richepin. De todas maneras es menos poeta. Es un satírico. Su musa es satánica. Sus sátiras son de doble filo: hieren y hacen reír. Hieren, por lo tanto, dos veces. Vive: 83, rue de l'Assomption. Arriba. Sexto piso. Un departamento...

—¿Monsieur Tailhade?

Me hacen entrar. Una amable señora. (Es su esposa.) Una amable niña. (Es su hija...) Luego él. Nervioso. De aspecto burgués. Apretón de ma-

nos... Una criada pasa delante de nosotros con una fuente. Observo. Es un guisado de papas...

—Quédese usted á comer con nosotros... ¿Sí?

Pero es una lástima. Ya he comido... Se sientan. Y hablamos. Es un hombre de una cultura superior. Le falta un ojo. (Ve mucho...) Cabellera blanca. Concluido el almuerzo le hablo de hacerle retratar. Bueno. Con mucho gusto. Un momento. Se va. (Creo que desea lavarse.) Díceme que ya viene... Pero al rato aparece otro hombre muy parecido á Tailhade. ¿No es el mismo Tailhade? No. Al otro le faltaba un ojo. Este tiene dos...

—Estoy á su disposición—vocifera el moderno Tailhade—. Yo me asombro. Era el mismo. Se había puesto un ojo de vidrio... (Obsérvese: anarquista, coquetería y un busto de Verlaine sobre la cómoda.) En las paredes, retratos con autógrafos de Sarah, de Jean Lorrain, de Luisa Michel, de Séverine... Le hablo de anarquismo. Y él me habla del *Moulin Rouge*, donde ha obtenido gran éxito su *Revista de la mujer*. Es una especie de opereta con frases muy bellas, cuya hermosura se recalca con pantorrillas de condesas ilustres. (En París son baratas.) El ojo que le falta á Tailhade lo perdió por efecto de una bomba de dinamita. En cierta reunión, según el sabio relato de Castelar, hallábase Tailhade elogiando á Vaillant, el famoso anarquista—tan heroico, tan bravo—cuando estalló á sus pies una bomba... Los clavos de la bomba reventáronle un ojo. Era una bomba también anarquista. Mas él no pensó en eso. Y gritó: «¡Al asesiao! ¡Al asesino!» Desde entonces usa un ojo de vidrio. Y aumentó su anarquismo. Francia tiene pocos poetas grandes como éste... Entrará, cual Richepin, en la Academia. No hay duda. En París sopla de continuo un viento saludable. ¡Hasta en

los sótanos del arte! Entrará en la Academia. Lo llevarán sus Vitraux. Magníficos joyeles. Es un poeta que busca lo raro en lo sencillo. No es un poeta popular. Como prosista, es hombre callejero. Escribe insultos contra el catolicismo. Redacta *Je dis Tout*, nuevo periódico del bulevar. En el número de hoy leo su artículo: *Le Saint-Office de la rue Cadet*. Habla de rinocerontes, de víboras, de moujas, de curas, de tigres, de renacuajos... Como prosista, es popular. Ya se ve... En verso, habla de ideas hermosas: sus libros poéticos no tienen compradores. Son demasiado finos para la multitud... En moral, Tailhade es... (En el manuscrito hay un borrón.)

—¿Un ironista?... Después de todo, en fin... Son las tres de la mañana. Acabo de llenar el... (un borrón) y si pudiera matarlo, en esta noche sombría... Octavio Mirbeau, no me agrada. Es ásperamente vengativo. En sus obras, como en las novelas de D'Annunzio, hay un fondo grosero que se transparenta demasiado á través de la urdimbre literaria, muy melodiosa, muy sonora... Recuerdo ¡*El inocente!* Mirbeau será un vengativo hasta que reciba nuevas órdenes. ¿También académico?... ¡Oh! No quisiera hablar con crueles adjetivos de la dulce venganza. El sol, por ejemplo, debe ser alguna indignación de Dios. De la indignación nace la venganza. Yo conozco—y alguna noche trágica escribiré un tratado—un sistema nuevo de venganzas. La venganza irónica es la más poderosa, porque se ríe de sí misma. Reirse de sí mismo es empuñar un arma florentina que hiere, con la risa, á todos los demás. El sol es, pues, una venganza irónica... Su luz fecundiza, pero también mata. Un árbol—me dice Pero Grullo—no puede vivir sin pan de sol. No obstante, ese mismo sol

absorbe las substancias de la tierra y hace enflaquecer el árbol, hasta matarlo... ¿Comprendéis? Así, la literatura de Octavio Mirbeau suele esgrimir venganzas parecidas... (Nota: Mirbeau ha nacido en el país de Barbey d'Aureville y de Flaubert: en la tierra normanda: en la tierra de los hombres robustos y de las cabezas soñadoras.) Después de Balzac, Zola... Después de tres puntos suspensivos, aparece, para cerrar el triángulo, Mirbeau. Es amable. Nadie diría que quien agotó el diccionario de los vicios franceses en *Les mémoires d'une femme de chambre*, hable á los visitantes con tanta dulzura, con tanta bondad. Es un hombre bueno que se ríe de sí mismo para reirse en él de todos los demás... Cuando se acaba de leer un cuento de Mirbeau, queda en el alma el sabor que siempre deja el vino al día siguiente de las bodas de Camacho... En el fondo, Mirbeau me confiesa su cristianismo humanitario. Ha crecido y florecido en un convento. Fué criado, como Voltaire, como Diderot, en las aulas de un seminario. Estudió con jesuitas. Acaso, bajo sus reticencias, me confesó asimismo que *Sebastián Roch* era él... ¿No? ¿Por qué no? El crimen cometido en el infantil sexo de Roch bien puede ser la fuente de esa extraña amargura sin consuelo, que llora siempre en la armoniosa pluma del artista normando... ¿No será una *réclame*? La virginidad vale tanto en París como la cola del perro de Alcibiades... Sea ó no sea, de cualquier manera, Mirbeau merece ser leído en América. Pero en América se le interpreta mal. Yo se lo he dicho. Los libros de Mirbeau se leen en Buenos Aires no como obras de arte. No para aprender bellezas de fondo. Se leen como se leen los libros de Paul de Kock. En la cama. A las doce de la noche. En invierno.

—Camarero: tráigame un porrón de agua caliente para los pies y *La dama de las tres enaguas* ó *La sirvienta...* de Mirbeau.

Mirbeau, al oírme, sonríe. Su espíritu es de París. ¡South América! Con los ojos, Mirbeau me ha preguntado si en América la gente sabe leer... Tuve deseos de decirle que no... (No hubiera mentido. ¿Verdad, Sicardi?) Uno de los antepasados de Mirbeau, bajo el reinado de Luis XIII, fué decapitado en la plaza Montagne. Su tío fué el célebre *Abate Julio*, cuya vida sabiamente ha descrito. Sin hacer un solo gesto, me lo ha confesado. ¡El abate Julio! ¿Será cierto? ¿*Réclame?* Paciencia. Loco de Efeso.

¿Cómo ha podido encontrar la tumba de Verlaine? Ha sido un problema. Ya muy tarde, casi de noche, ha regresado al Barrio Latino, con una dama muy bella y muy enlutada, radiante de esa tristeza alegre que usan las enlutadas de París... He ido á Batignolles. Ella conocía la tumba del pobre Lelián. ¡Delicioso artista que hizo con sus nervios un pentagrama, y que puso por notas sus dolores! Por eso, toda su vida fué una perpetua música... Ebrío siempre de ensueños, borracho de ajénjo, vibrante de pasiones carnales, fué un fauno violador de estrellas y un cisne de la lírica francesa... ¡Pobre Lelián! Lo calumniaron siempre. Cuando vivía, se le calumniaba porque desconocía las hipocresías de la moral. Rimbaud era un pecador. Y ahora que está muerto, cierto señor Lepelletier publica un libro para injuriar al pobre gran poeta, diciendo que era un hombre honesto, que no bebía alcohol, que era probo, que era virtuoso y que la leyenda de su vida de veneno, de Rimbaud y de fuego, había sido una farsa de sus enemigos... Esto que ha dicho Lepelletier no me ha

indignado tanto como lo que acabo de leer: es de Rubén Darío. ¡Horror! Rubén Darío apoya y aplaude á Lepelletier. Cree que Verlaine era un hombre virtuoso. Honesto. Sin vicios. Que no amaba el alcohol. Ni las mujeres. Un poco más, y ambos afirman que Verlaine se confesaba los sábados, para recibir, el domingo, la hostia consagrada.

¡Envidiosos!

He llevado á la tumba abandonada del infeliz poeta un largo silencio mío y unas cuantas lágrimas femeninas de esa mujer de luto. Sin creer en Dios, ella—siempre mujer—rezó sobre la tumba. Una tumba que no luce más epitafio que un ritmo y glorioso nombre: Paúl Verlaine. ¡Pauvre Lelián!...

*
*
*

(Mientras escribo, el ruido del café del Panteón me aturde. Veo que vuela por el aire una fuente. Tras la fuente, pasa volando una botella. Un espejo se rompe... Gritos. Desmayos. Alaridos. Y sobre todo, risas. Carcajadas. En seguida silencio... Es bueno que... (Hay una mancha.) Verlaine era un... (hay un borrón...)

París, 1907.

El hijo de Paúl Verlaine

La vida dolorosa de Verlaine vale tanto como sus canciones. Es por eso, sin duda, por lo que el lirico borracho á cuyos versos deberemos la inmortalidad del idioma francés, perdura iluminando los insomnios de todos los vagabundos del ideal. Y como la leyenda de Verlaine comienza con su embriaguez, se ignoran muchas cosas de su juventud. En nuestra imaginación el infeliz poeta toma siempre el aspecto solitario de un viejo. Le vemos hosco y meditabundo. Le vemos ebrio. Le vemos tras la mesa del café, con la eterna copa del ajeno vacía... ¡Vacía y siempre llena! Le vemos después andando por las calles, arrastrando su pobre pierna derecha al macabro compás de su bastón... Le vemos en el hospital. Le vemos de nuevo en el café. Siempre con el ajeno. Siempre lleno de canas. ¡Siempre hermoso en su mugrienta fealdad de Jesucristo!... Después le vemos morir en la cama de una vieja musa enamorada. Musa que le presta su lecho para que el más grande poeta que nació en Francia después de Víctor Hugo, no expire honrosamente, como un perro, en sábanas de hospital...

Sin embargo, Paúl Verlaine tuvo una vez veinte

años... Cuando los tuvo habló con un espejo. A esa edad los espejos no mienten. Son honrados... El espejo le dijo:

—Eres feo.

«En realidad—escribe su amigo Lepelletier—, Verlaine no era solamente feo. Era algo más: era trágico. Con su fisonomía asimétrica, con su cráneo abollado, con su nariz tan chata, era una máscara faunesca. Sus maxilares prominentes y sus pómulos agudos completaban en él la cabeza clásica de un muerto. Era un mongoloide...»

Y este retrato, que copio con dolor, con pena, con lágrimas, del libro *Paúl Verlaine*, fué el mismo que el poeta vió en la sinceridad humana de su espejo homicida...

—¡Eres feo!

A los veinte años esto equivale á empezar á morir. Las mujeres huyen... Así Verlaine, comprendiendo que sin la belleza exterior su muerte comenzaba, quiso hacer hermosa su agonía y endulzó su juventud con todos los placeres que embriagan los sentidos sin conmover el alma.

El ajeno, que ofrece en el fondo de las copas la felicidad del manicomio—la dicha sin dolor, el ensueño sin despertar, la esperanza sin desilusión—, ocupó en sus veinte años el puesto del amor. Y el poeta comenzó á bajar las escaleras...

*
*
*

Verlaine tuvo también veinticinco años. A esa edad era ya célebre. Había publicado *Poemas saturnianos* y las *Fiestas galantes*... Para algunas mujeres la victoria de ambos libros daba hermosura al rostro del poeta...

Un día fué Verlaine á visitar á su amigo Carlos

de Sivry. Allí tuvo una aparición. Era una hermosa rubia de quince años. Mientras él hablaba con su amigo, vió que la puerta del taller se entreabría. Primero vió una mano. Y luego, como un sol que surge de repente, cayó sobre su cara el resplandor de una belleza que le cerró los ojos, deslumbrado... En su sorpresa no oyó, sin duda, el grito de miedo, de espanto, de pavor, que exhaló la niña al verlo. Temblorosa, cerró con brusquedad la puerta. Y huyó...

—Quién es esa niña?—preguntó Verlaine.

—Es Matilde, mi cuñada... ¿No la conoces?

—No.

—Te la presentaré... ¡Matilde! Ven.

Del interior se oyó una voz tímida y dulce:

—¿Me necesitas, Carlos?

—Sí. Ven... ¿Tienes miedo, acaso? Ven, tonta...

El poeta comenzó á mirarse por dentro. Se miraba en el espejo macabro de su juventud. Esperaba... Pero la niña vino. Y otra vez el poeta sintió en la cara un deslumbramiento de sol. Cuando la rubia supo que aquel hombre era el célebre autor de *Poemas saturnianos* y de *Fiestas galantes*, miró á Verlaine con admiración. Y le sonrió bondadosamente. Esa sonrisa fué siempre el encanto y el dolor de sus versos...

* *

Después de una larga odisea, Verlaine contrajo enlace con la bella rubiecita. Se llamaba Matilde Mauté de Fleurville. De aquellos amores nació *La buena canción*. Y nació también el único hijo que ha tenido el poeta: Jorge Verlaine. Pero con el nacimiento del hijo coincidió la ruptura del matrimonio. Paúl y Matilde se alejaron. Estaban de por

medio los ojos celestes de Rimbaud... Transcurrieron lentamente los años. Verlaine arrastró su pobre pierna por todos los barriales. Arrastró también su alma por todas las bellezas. Al fin, lleno de Dios, dejó la vida... Su esposa, antes de que él muriera, contrajo nuevo enlace y vive aún. Su marido actual es un rico comerciante. Ella llámase Mad. Laporte. Tiene ya cincuenta años...

* *

—¿Y Jorge Verlaine?

De él quiero hablaros detenidamente. Su alma se presta á las más extrañas experiencias. ¿Cómo no había de seducirme el hijo único que dejó Verlaine?... A mí me seduce todo lo anormal. Es para mí un encanto estudiar el alma de un hombre célebre en la carne del hijo... ¿Qué estigmas transmite el genio á los seres que prolongan su raza? Ocurren á menudo sorpresas que me asustan. Sin embargo, siento una dulce emoción de médico quirúrgico al cortar con mi cuchillo las carnes frescas por cuyas venas sé que circulan gérmenes de padres ilustres. ¿Cómo no interesarme, cual un fenómeno de patología sentimental, el hijo de Paúl Verlaine?

En París nadie le conoce. Para encontrarle tuve que escribir á Edmond Lepelletier. Ya sabéis que fué el amigo más íntimo del autor de *Sagesse*. Lepelletier me contestó en seguida. «Jorge Verlaine me decía—vive en la calle Gauthey, 55... Pero como está empleado en el tranvía Metropolitano y no tiene libre más que un día por semana, podrá usted verle en la estación Villiers...», etc., etc.

* *

Pero encontré á Jorge Verlaine muy temprano en su casa. Nos hemos vuelto á ver todos los días. Posee este muchacho un alma tan rara, tan ingenua, tan semejante á la del padre y á la vez tan diversa, que hablar con él es para mí una fiesta. Cuando Lepelletier me anunció que el hijo de Verlaine era un empleado del Metropolitano de París, pensé que ocuparía algún cargo, tal vez de jefe en la administración... El primer día que le encontré en su departamento allá en el sexto piso de la rue Gauthey, le pregunté si era verdad lo que yo suponía. Con una sencillez muy alegre casi burlándose de mi error y con orgullo me replicó:

—No... Soy simplemente mayoral del Metropolitano. Allí estoy bien. Tengo un sueldo de cien francos mensuales. Vivo solo. ¡Con eso tengo de sobra!...

Yo creí que aquel hombre de burlaba de mí. ¿Cómo? ¿Era posible que el hijo del último gran poeta de Francia, cuya fama pertenece á todas las naciones, fuera un simple mayoral de tranvía? Sí. Además de posible, era lógico... Hasta después de muerto Verlaine sigue siendo el mismo proscrito de los honores terrenales. La humanidad prolonga su venganza en el hijo. ¡Ah, Verlaine! ¡Eres más grande así en tu pobre tumba de Batignolles y con tu buen hijo de mayoral, que si durmieras en el panteón teniendo un hijo que hiciera versos para deshonor y luto de tu genio!

Porque Jorge Verlaine no ha hecho nunca versos. Yo se lo he preguntado repetidas veces.

—No... ¿Para qué quiere usted que sea poeta? No pretendo ofender la memoria de mi padre...

Esto me lo ha dicho anteayer en un café. Lo he llevado á la hora de los aperitivos. Había venido á mi casa á buscarme para salir juntos de

paseo por París. Salimos. Con su traje de mayoral, Jorge Verlaine me honraba. Me gusta oírle hablar de sus recuerdos infantiles. Me conmueve cuando habla con fervor entusiasta de su ilustre padre, al cual sólo pudo ver cuatro veces siendo ya hombre. Cuando habla de la madre también me conmueve, pero con otra clase de conmoción. Sí... ¡Con otra!

Ya en el café—un café misterioso de la rue Clichy, cuyo dueño es un polaco rubio como la cerveza—he iniciado el análisis de Jorge. Cuando el camarero se nos aproximó, yo quise honrar al gran poeta triste, oficiando con mi copa frente al hijo.

—*A mí tráigame usted un ajenjo, camarero...*
—exclamé.

¿Qué mejor homenaje? El hijo de Verlaine y yo brindáramos por la cristiana paz del autor de *Sagesse*, alzando en nuestras copas el verde fósforo que pone ante nuestras pupilas mágicas profesiones de sueños infantiles y locuras de pájaro...

—Y usted, señor, ¿que toma?—inquirió entonces el *garçon* á Verlaine.

—¡Otro ajenjo!... —supuse.

—No—replicó Jorge—. No puedo. El pernod me repugna. Tráigame un café con leche, pan y manteca...

Yo sentí ganas de pegarle. Y bebí mi pernod como si fuera sangre... Entretanto, el hijo de Verlaine tomaba lentamente su café con sopas...

Fué una desilusión.

* * *

Seguimos siendo amigos.

Ya en su cuartito de Batignolles, en mi casa ó en la calle, le interrogo siempre por su existencia. Ayer me ha dicho:

—Tengo un gran sentimiento al no haber estado al lado de mi padre en el momento de morir.

—¿No estuvo usted? Yo creía que sí...

—No... No pude. Mi madre, con su segundo esposo M. Delporte y los dos hijos de su segundo matrimonio, nos fuimos á Argelia. Como á mí me agradaba aquel país, quise quedarme cuando ellos debían regresar. Me quedé solo... Desgraciadamente me enfermé. Perdí por completo la memoria. Hacía gestos automáticos. Cambié de voz. Tuve ataques de sonambulismo. Y por fin caí en un pesado sueño cataléptico. ¡Qué horrible! Yo he soñado cosas espantosas. Veía fuego, mucho fuego, y mujeres desnudas, y sentía que una bola de hierro me corría desde la garganta hasta los pies... A veces sentía la impresión de que los pies ocupaban el sitio de la cabeza. Entre sueños oía la voz de mi padre que me llamaba:

—Jorgito, Jorgito... ¡Abreme la puerta!

Y la bola de fuego comenzaba á subir. ¡A subir y á bajar!... En estado cataléptico me llevaron al hospital. Tratado por la sugestión y el magnetismo, me restablecí con rapidez. Vine otra vez á Francia y me incorporé á un regimiento de Lille para hacer el servicio militar. Las fatigas de la vida de cuartel hicieron que mi mal no se curara del todo. Sufrí un nuevo ataque de catalepsia. Dice mi madre que interesados los médicos por ese singular caso patológico que mi organismo presentaba, me tuvieron en las clínicas para hacer observaciones. Estaba en una de ellas cuando murió mi padre. ¡Lo supe cuando el pobre estaba ya en el cementerio!

—Pero anteriormente, cuando Verlaine vivía aún, ¿por qué no lo visitaba.

—Mi madre se oponía... Lepelletier me ha dicho

que á menudo mi padre en sus cartas pedía conocer mi paradero. Deseaba verme. Yo era su único hijo... Pero mi madre, casada con M. Delporte, no quería saber nada de mi padre.

—¿Y Verlaine intentó alguna vez hacer las paces con la madre de usted?

—Sí; muchas veces, según consta en las cartas que ya se han publicado. Pero fué inútilmente... ¡Mi madre se negaba!

*
*
*

¿No es doloroso? Aquella niña rubia que fué el primer y único amor cándido de la vida afebrada de Verlaine, fué también la que enlutó su vejez de borracho. Ella, que en la *Buena canción* fué la heroína del poeta, no quiso serlo al borde de su tumba enviándole su hijo.

*
*
*

—En París—pregunté á Verlaine—, ¿se ha consagrado algún recuerdo á la memoria de su padre?

—Sí—me respondió—. Cerca de la plaza de Italia, en un extremo de París, hay un pequeño café llamado Paúl Verlaine. Allí mismo hay una plazuela de igual nombre.

—¿Y ningún monumento?

—No. Existe un comité que desde hace muchos años recolecta fondos. El monumento lo está haciendo el escultor Niederhausen-Rodó. Pero todavía faltan unos cinco mil francos...

*
*
*

El parecido entre Jorge Verlaine y su padre es notable. Sobre todo fisionómicamente. Los mis-

mos labios sensuales; los ojos tristes; la mirada infinita que se hunde en el vacío; la calvicie prematura, y una suavidad en la voz que nunca grita. Habla como en secreto... ¡Y qué triste! ¡Qué triste!

* * *

No ha mucho, un célebre editor parisién hizo al joven Verlaine la siguiente propuesta:

—Le traigo á usted este manuscrito. Es un volumen de versos inéditos. Véalos... Su autor es un hombre desconocido. Se los compré para usted.

—¿Para mí?

—Sí. Para usted... Para que usted los firme. Yo editaré la obra con su nombre, titulándola *Poesías del hijo de Paúl Verlaine*.

—¿Pero si estos versos no son míos!...

—No importa. La celebridad del nombre de su padre dará prestigio al libro. Se venderá mucho. Muchísimo... En cambio de su firma le daré inmediatamente un cheque por 20.000 francos.

* * *

¿Qué respondió Jorge Verlaine al genial editor? Simplemente sonrió. Y dijo:

—No. Muchas gracias... Disculpe usted que me vaya. Tengo que tomar el servicio á las nueve de la noche en la estación Villiers...

Y por eso Paúl Verlaine carece todavía de estatua...

París 20 de Marzo de 1910.

El dramaturgo Paúl Hervieu

Paúl Hervieu está de moda. Sus obras teatrales —algunas son ya célebres— han merecido el honor de ser traducidas y representadas en diez y seis idiomas... A pesar de esto, Hervieu no se muestra orgulloso. Pero si el ilustre escritor no siente orgullo por los laureles que ha obtenido en el teatro, en cambio siéntese satisfecho de otra cosa distinta. Siente orgullo y hasta se envanece de la campaña que ha emprendido contra los empresarios teatrales de la América del Sur... Es justo que así sea.

Uno de nuestros repórters visitó á Hervieu en París. El tema de la conversación no se desvió de los trabajos realizados por la Sociedad de Autores y Compositores dramáticos, para conseguir que las empresas de Buenos Aires les abonen los derechos literarios que legítimamente les corresponden. Paúl Hervieu, en compañía de Jean Richepin, expresidente de dicha Sociedad. Camilo Saint-Saens ocupa la vicepresidencia.

—Nos hemos presentado oficialmente—dícenos el delicado autor de *Las tenazas*—al ministro de Relaciones Exteriores de Francia, pidiéndole se interese por la suerte que corren en la República Argentina los autores y compositores dramáticos